



# 72 HORAS

JUAN MANUEL CARMONA

Una historia corta de  
[Elpoderdelalectura.com](http://Elpoderdelalectura.com)



**ÍNDICE**

2

**REFERENCIA DEL TEXTO**

3

**PRÓLOGO**

4

**PRIMER SOL**

7

**PRIMER SOL DE MEDIA TARDE**

10

**PRIMERA LUNA**

12

**SEGUNDO SOL**

13

**SEGUNDA LUNA**

15

**TERCER SOL**

16

**TERCER SOL DE MEDIA TARDE**

17

**ÚLTIMA LUNA**

18

**CUARTO SOL**

19

**“Cuando un perro llega a una perrera, si esta está llena, tiene setenta y dos horas para encontrar una familia o será sacrificado”**

Bajo esta premisa, Juan Manuel Carmona escribe “72 Horas” una historia corta que narra el desafortunado cambio que sufren las vidas de aquellos animales que amanecen bajo el calor de una familia y anochechen sobre el frío suelo de una jaula.

Desorientación, miedo, incertidumbre y abandono son algunas de las emociones que intentan plasmarse en este texto que refleja la dura realidad a la que se enfrentan muchos de los animales cuando son abandonados.

Una realidad a la que no se quiere mirar a los ojos, una realidad que se alimenta con mentiras y falsas esperanzas de que encontrarán una nueva familia de adopción, siendo esto, como digo, una mentira pues solo el 44% de animales que llegan a las perreras son dados en adopción y el 19% de los restantes, sacrificados.

Desde Elpoderdelalectura queremos sensibilizar, queremos crear conciencia, por ello os invitamos a leer esta historia y os pedimos que la compartáis. Que nos ayudéis a difundir que los animales no son juguetes, que no se compre, que se adopte y sobre todo, que no se abandone.

#regalaunafamilia

Juan Manuel Carmona  
**Elpoderdelalectura.com**

## PRÓLOGO

### EL VIAJE

**H**oy es el gran día y no entiendo por qué lloran todos. Yo estoy súper contento porque hoy nos mudamos. A ver, que no quiero decir que no me guste nuestra casa vieja, la verdad es que es más grande, tenemos jardín y eso nos encanta a Luis y a mí. Pero mamá tenía que limpiar mucho y Luis ya va a pasar al cole de los mayores y estamos muy lejos de todo y de todos. Sobre todo de todos. Siempre que queríamos ir a visitar a los primos o a los abuelos teníamos que ir en coche. Y eso es un rollo. A Luis tampoco le gusta. Él al menos va en segunda fila. Yo a veces voy atrás del todo y no me gusta. Cuando era pequeño no se estaba mal. Al principio me daba miedo porque estaba oscuro pero ya no, ya soy grande. Ahora no me da miedo pero no quepo. Así que ya no vamos a tener que montarnos tanto en el coche y vamos a estar todos juntos. Además, en la ciudad vamos a poder hacer más amigos, estoy seguro. Y aunque no tengamos jardín, Luis y yo podremos bajar al parque.

El coche se detiene y yo corro a asomarme a la ventana, ¿ya hemos llegado? Qué rápido. Luis se abraza a mí de nuevo. Debe estar malo, pobre, no deja de llorar. Ya está, venga, tranquilo. Papá y mamá se giran para observarnos. Siempre les ha gustado vernos jugar y grabarnos para enseñárselo a toda la familia. Pero hoy no lo han hecho, deben estar malos de verdad porque no han cogido el móvil en todo el día, lo único que han hecho es llorar. No lo entiendo.

Papá se baja del coche y abre nuestra puerta. Vamos, Luis, que ya hemos llegado, le digo, pero él no parece alegrarse.

—Vamos, Aarón, ven —dice papá.

Y yo le hago caso esperando a que Luisito me siga. Pero no lo hace. Papá cierra la puerta. ¿Mamá tampoco viene?

—Vamos.

Sigo a papá mirando atrás hacia el coche. No sé. Bueno, también me gusta estar con papá. Es el más gruñón pero me quiere, lo sé.

Siempre que vamos en coche me muero de ganas por hacer pipí. Esta vez papá me deja hacerlo sin prisas, normalmente es muy impaciente conmigo.

Yo siempre voy detrás de él porque ya me perdí una vez y desde entonces nunca me deja ir solo a los sitios. Espera, que tengo más ganas de hacer pipí.

Cuando terminamos esta segunda vez, llegamos a un sitio que no huele demasiado bien. Al entrar descubrimos que hay muchos otros amigos. Todos intentan saludarme al mismo tiempo pero yo no les hago caso, papá siempre dice que no debo acercarme a los desconocidos. Nos hacemos hueco entre la gente y nos sentamos. Aunque me miran, yo intento no prestarles atención. No quiero que mi papá se enfade. De pronto, una puerta se abre y se escuchan gritos. A mí me ponen nervioso. Los que están en la sala empiezan a gritar también y a llorar. No me gusta este sitio. Le digo a papá que nos vayamos pero él no lo hace. Me siento a su vera e intento tranquilizarme pero los demás no ayudan, están temblando, quieren irse como yo. Observo a mi papá, que me sonrío y me acaricia. No pasa nada.

—Tranquilo.

La puerta vuelve a abrirse de nuevo. Sale un bebé en brazos de su mamá, no debe llegar al año. Todos vuelven a revolotearse. La mamá está muy contenta. Y su papá y su

hermana, todos se mueren de ganas de cogerla y abrazarla. Vuelvo a mirar a mi papá, que me vuelve a acariciar. Se levanta, parece que nos vamos, venga, que quiero volver con Luisito. Pero no vamos hacia la puerta de salida, vamos hacia la otra, hacia la de los gritos. Me da miedo, no quiero ir. Se agacha y me mira a los ojos. Me acaricia y me abraza. Me encanta mi familia, siempre sabe tranquilizarme. Yo también lo abrazo y casi lo dejo caer de espaldas. Se ríe. Yo también. Pero de pronto empieza a llorar. ¿Por qué lloras, papá? Mis besos lo vuelven a hacer sonreír.

—Venga, ya está, ya, Aarón, para, ¿Sabes que te queremos, no? Luisito más que nadie.

Claro que lo sé. Y mamá y tú y los abuelos, somos una familia. Papá se pone en pie y me deja con un señor. Se da media vuelta y empieza a caminar. Intento seguirlo pero el señor nuevo me lo impide. ¿Papá? Abre la puerta, de lejos puedo ver el coche. Seguro que va a por Luis. La puerta se cierra. Seguro que va a por Luis y a por mamá, porque no se ha despedido como siempre, no me ha levantado la mano desde lejos. Ya va a venir.

El señor tira de mí, ¿A dónde vamos? La puerta de los gritos se abre, me arrastra. No, no, ¿qué haces?, ¿Luis viene conmigo?, eh, eh, espera. Entramos y la puerta se cierra a nuestra espalda. No me deja esperarlos, no me deja ir tras mi papá. Si vamos más hacia dentro no van a saber dónde estoy ¡Que me sueltes! Pero no me entiende, no obedece y yo no puedo retroceder, mis uñas se resbalan por el suelo. Un suelo con restos de orín, de pelos, con arañazos de otros. Llegamos a otra puerta, dentro apenas hay luz. No, no. ¡Luis!, ¡Papá!, ¡Mamá! Pero no pueden escucharme, cuando entramos todos empiezan a gritar al otro lado de las celdas a ambos lados del pasillo. Siento tanto miedo que no puedo controlarme y me orino encima, al señor le da igual, me arrastra. Me da miedo acercarme a las celdas. Dentro saltan, gritan, lloran, se pisan entre ellos. Miro hacia atrás. La puerta del pasillo se ha cerrado pero el señor abre una de una celda. Me mira, me dice que entre, me obliga, mis patas vuelven a resbalarse y me empuja dentro. Por más rápido que intento salir él cierra la puerta y no quepo por los barrotes. Dentro me reciben entre gritos también, se abalanzan sobre mí, me huelen, me chupan, me gruñen. Yo los aparto, están sucios y ayer me di un baño, como mi papá me vuelva a ver sucio se va a enfadar mucho. Me acerco a los barrotes, intento sacar la cabeza por debajo de la puerta para llamarlos pero no me escuchan ¡Señor, dígame a mi familia que estoy aquí!, ¡Luis!, ¡Papá!